

EL PRIMER SONETO DE LA LITERATURA CASTELLANA

Con este título publicó *La Prensa* de Buenos Aires, un breve estudio, en su número del 25 de septiembre de 1916, en el que su autor, el señor Armando V. de la Maza, afirmaba que «para gloria de las letras mejicanas ha sido descubierto recientemente que el autor del famoso soneto «No me mueve, mi Dios, para quererte», considerado por eruditos escritores como el primero de la literatura castellana, se debe a la pluma del fraile mejicano Juan Manuel de Guevara.» «Tal descubrimiento — añadía el señor Maza — que seguramente causaría gran sensación en el mundo de las letras, se debe al señor Alberto M. Carreño, miembro de la Sociedad Mejicana de Geografía y Estadística, quien ya ha presentado un detenido estudio sobre la joya literaria de que tratamos.»

Después que leímos estas líneas, hace ya tres años, nos decidimos a hacer algunas observaciones a las pruebas que citaba el señor Maza, y al efecto procuramos conseguir un ejemplar del trabajo del señor Carreño. Como nuestro esfuerzo en conseguir esta obra se frustrara, y por otra parte creímos que la novedosa noticia no causó la «gran sensación en el mundo de las letras», según suponía el señor Maza, desistimos de comentar el tan sensacional hallazgo, y arrinconamos nuestros apuntes.

Cuando creíamos que ya nadie se preocupaba del supuesto descubrimiento del señor Carreño y del artículo del señor Maza, nos sorprende *El Pueblo*, en su número del 30 de agosto de este año de 1919, con un artículo anónimo sobre el mismo tema y hasta con el mismo título. Leímos el artículo con interés; pero cuál no fué nuestro desengaño cuando pudimos constatar que ese artículo era el mismo que tres años antes publicara *La Prensa*, con sólo tres palabras cambiadas: una por cada año de retraso.

Este desengaño, añadido al hecho de que otras publicaciones rioplatenses (v. gr. *El Bien Público*, de Montevideo) han reprodu-

cido últimamente el mismo artículo con todas sus infundadas y gratuitas argumentaciones, nos ha impulsado a hacer algunas observaciones que, como verá el lector, no están desprovistas de base, como las «argumentaciones» del literato mejicano.

* * *

Antes de pasar a las «argumentaciones» que trae el señor Maza en su artículo para probar que el autor del soneto no es otro que Fray Juan Manuel de Guevara, queremos rectificar algunos conceptos que creemos inexactos.

«El bellissimo soneto que acabamos de transcribir, — escribe el señor Maza, — y que se encuentra en casi todos los libros místicos, ha sido objeto de numerosas polémicas, que, hasta la fecha, no habían permitido fijar quién era su verdadero autor, ya que las opiniones eran tan opuestas cuando se trataba de este asunto.»

«Autores hay que conceden la paternidad del soneto a la poetisa mística Santa Teresa de Jesús, en tanto que otros niegan rotundamente que aquella monja lo escribiera, asegurando unos que su autor es San Francisco Javier, y otros que San Ignacio de Loyola.»

«El ilustre polígrafo don Marcelino Menéndez y Pelayo, cuya autoridad seguramente nadie pondrá en duda, hubo de señalar este soneto en su obra los «Cien mejores versos», como de autor anónimo, ya que *no existía ninguna prueba* por la que se pudiera atribuirse a Santa Teresa de Jesús, a San Francisco Javier o a San Ignacio de Loyola.»

«Pero en lo que sí siempre *han estado de acuerdo todos los grandes autores*, y entre ellos el mismo don Marcelino Menéndez y Pelayo, es que el soneto debió escribirse originalmente en castellano, aduciéndose para ello numerosas razones.»

En lo que hemos transcripto hay dos inexactitudes. Aunque es verdad que Menéndez y Pelayo consideró el debatido soneto como de autor anónimo, es también cierto que hay pruebas muy sólidas para atribuirse su paternidad a San Francisco Javier: 1) El testimonio de Possino, quien, en 1667, afirmaba que el santo divulgaba dicho soneto entre sus neófitos y entre los portugueses de la India (1);

(1) El testimonio del P. Pedro Possino (Poussines) puede verse en «S. Francisci Xaverii e Societate Jesu Indiarum Apostoli novarum epistolarum libri septem... (Romae MDCLXVII)» nota de la epístola segunda del segundo libro. Traducido al castellano dice así: «Este escrito (esto es: los «Amoris erga Deum affectus, seguidos del soneto en latín) tal como aquí lo

2) la tradición constante desde 1644, que atribuye el soneto a San Francisco Javier, según puede verse en libros impresos desde esa fecha (1); 3) el testimonio de los hombres que más detenidamente han estudiado esta cuestión, como J. M. Duffield, J. Mearns, J. C. Zabuesings, W. Furlong y F. X. Drebitka (2).

Creemos que si el señor Carreño y el señor Maza hubiesen estudiado con detención lo poco que en castellano se ha escrito sobre este asunto, y lo muchísimo que se ha escrito en Alemania, Austria,

hemos transcripto traducido del portugués fué arreglado por el P. Javier Filipuccio sacándolo de varios papeles. Solía el Santo Apóstol de las Indias, como él mismo lo manifiesta en algunas cartas, proponer a los que se enmendaban de su mala vida una fórmula del bien vivir, la cual entregaba de viva voz a los rudos y por escrito a los que sabían leer. Fueron muchas y diversas las versiones de esta paráfrasis que corrían por la India, unas aumentadas, otras cambiadas, otras disminuidas o acortadas... Habiendo recogido muchas de estas diversas versiones hizo Filipuccio este ejemplar único, añadiendo al mismo los versos de puro amor para con Dios, versos que aún hoy día son repetidos de memoria por la gente de la India, «ex Cantinela adluic hodie per Indias in usu ac hominum memoria», y que nosotros hemos expresado en verso latino traduciéndolos del original en lengua portuguesa compuesto, según afirma la tradición «ut fert traditio», por el mismo San Francisco Javier».

(1) En 1644 el P. Juan Rho publicaba el soneto en italiano y hacía notar que estaba traducido del original compuesto por S. Francisco Javier. «Degli Atti ed' Affetti delle Virtù, Centuria Prima... Corbolletti, Roma 1644. El soneto está en la primera página, frente al prefacio.

En 1657 publicó el P. Juan Nadassi su «Pretiosae Occupationes Morientium» (Roma 1657) e incluía el soneto sin alusión al autor del mismo. En un ejemplar de esta obra (Biblioteca de la Universidad de Budapest) se lee, sin embargo, esta nota marginal, escrita por algún curioso de la época: «Pertenece a San Francisco Javier y está traducido literalmente; otros lo atribuyen a San Ignacio» (Cf. Monumenta Historica, pág. 338).

En 1665 publicó Juan Caramuel de Lobkowitz su «Conceptus evangelici» (Praga, 1665) e incluyó el «Soneto que compuso S. Francisco Javier a un Cristo crucificado, de quien era devoto», precediéndolo de estas frases: «a fin de no privarte de un piadoso deseo, añadiré que tiempo atrás copié yo de un librito manuscrito que me comunicó un noble y religioso caballero, este epigrama (en castellano, Soneto) y no sin grande consuelo leí este título «Soneto que compuso S. Francisco Javier...»

Podríamos seguir citando diversas publicaciones de los siglos XVII y XVIII que conservan la tradición desde 1644 hasta nuestros días.

(2) Duffield en «Latin Hymn Writers and their hymns», New York 1889; Mearns en «A Dictionary of Hymnology» by J. Julian, Londres 1907, pág. 1680; Zabuesings en «Catholische Kirchengesange», Ausburg, 1822 t. I. pág. 150; Furlong en «The Ecclesiastical Review», Philadelphia 1913; Drebitka en «Hymnus Francisci Faludi», Budapest 1899, pág. 16. Véase además lo que el P. Cecilio Rodeles consigna en «Monumenta Xaveriana» (Madrid 1899-1900), t. I, pág. 934.

Inglaterra y Estados Unidos, habrían seguido el buen consejo de Horacio:

Viribus, et versate diu, quid ferre recusent,
Viribus, et versate risi, quid ferre recusent,
Quid valeant humeri.

La otra afirmación inexacta del señor Maza es la siguiente: «en lo que sí siempre han estado de acuerdo todos los grandes autores, y entre ellos el mismo don Marcelino Menéndez y Pelayo, es en que el soneto debió escribirse originalmente en castellano, aduciéndose para ello numerosas razones». Todo lo contrario es lo cierto. De los treinta y dos escritores que han estudiado esta cuestión, sólo dos manifiestan que parece ser bastante probable que el original se escribió en castellano o portugués. Nos referimos al señor R. Foulché-Delbosc(1) y al escritor de Kalocsa, F. X. Drebitka. Este último escribe que «it seems fairly certain that the original was a spanish or portuguese sonnet, and was writter by Saint Francis Xavier in the West Indies about 1546» (2).

Por lo que toca a Menéndez y Pelayo, podemos afirmar que en ninguno de sus múltiples escritos ha asentado semejante aseveración. Podemos añadir, con todo el respeto debido al gran maestro, que nunca estudió Menéndez y Pelayo esta cuestión y sólo de pasada, como en *Ideas Estéticas* (3), hizo alguna alusión al soneto o a su discutido autor.

* * *

Hechas estas observaciones, que creemos necesarias, veamos cuáles y cuán sin fundamento son las «argumentaciones» que aduce el señor Maza para fundamentar el hallazgo de su compatriota, el señor Alberto M. Carreño. Esas «argumentaciones», citamos las textuales palabras, «pueden reducirse de la manera siguiente:

«Fray Juan Manuel de Guevara fué natural de México; capellán del templo de Santa Inés, en el año de 1654, habiéndose hecho notable en su tiempo por su famosa obra, que tituló: «Poesías Sagradas», premiada por la Universidad de México, en el año de 1683.»

«El Padre Guevara fué uno de los colaboradores de Sor Juana Inés de la Cruz, quien, en las letras americanas, es llamada, con jus-

(1) «Revue Hispanique», París 1895, deuxième année.

(2) Op. cit. pág. 16.

(3) Tomo I. vol. 2, pág. 205.

ta razón, «la décima musa», habiendo escrito con aquella poetisa la notable comedia «Amor es más laberinto».

«Muchísimas composiciones, entre ellas varios notables sonetos, que se resienten del gongorismo dominante en aquella época, se deben a la pluma del fraile, lo que viene a demostrar la seguridad de que es el mismo autor del soneto «No me mueve, mi Dios, para que-rierte».

Tales son las curiosas «argumentaciones» del señor Carreño, según escribe el señor Maza, y ciertamente que no se requiere gran talento crítico para ver que todo eso nada prueba en favor de Guevara, pero prueba mucho en su desfavor.

Nació en 1627, era capellán de Santa Inés en 1654, y publicó sus «Poesías Sagradas» en 1683. Si había escrito el debatido soneto antes de 1683, ¿por qué no lo incluyó en su colección de poesías? La razón es obvia: no era él su autor, ni pudo serlo. Sólo tenía Guevara 17 años de edad cuando el P. Juan Rho publicó en 1644 su «Degli Atti et Affetti delle Virtù... Centuria Prima... Di Giovanni Rho... In Roma, per gli heredi del Corbelletti, 1644» (1) y al frente del prólogo a la obra publicaba el mismísimo soneto que ahora se atribuye a Guevara. Está en italiano, pero advierte el P. Rho que está traducido del castellano a la lengua del Dante por un P. S. P. Además hacía constar el P. Rho que el soneto se atribuía a San Francisco Javier. ¿Qué dicen a esto los señores Carreño y Maza? Sólo citamos el libro del P. Rho, pues es éste un argumento que no tiene vuelta de hoja, aunque pudiéramos recordar que en 1667 escribía Possino que San Francisco Javier conocía y divulgaba entre los cristianos de Oriente el hermoso soneto, y pudiéramos añadir además que ya en 1662 se publicó en España, y en lengua castellana, tal como hoy se conserva, y cinco años (1657) antes lo había publicado en lengua latina el P. Juan Nadassi.

El que Guevara fuera uno de los colaboradores de sor Juana Inés de la Cruz nada prueba y sólo nos ofrece la reflexión siguiente que no creemos despreciable: si el P. Guevara había compuesto ese divino soneto, cómo es que no lo puso en conocimiento de la «décima musa», y si lo puso en su conocimiento, ¿cómo es que ella, que sabía apreciar lo bueno, nunca manifestó conocer el soneto ni aludió a él?

Guevara — nos dice el señor Maza — «compuso muchísimas composiciones, entre ellas varios notables sonetos... lo que viene

(1) El único ejemplar que conocemos de este libro se halla en el «Woodstock Library», Woodstock, Nd.

a demostrar la seguridad de que es él mismo el autor del soneto». Este dato como los anteriores desfavorecen a Guevara, pues las composiciones de este oscuro vate son un perfecto modelo del más desenfrenado gongorismo y si fuera él el autor del soneto tendríamos que afirmar que fué la única pieza poética en que mostró inspiración, de suerte que constituiría un fenómeno en la vida literaria de su autor.

¿Son estas todas las argumentaciones del señor Carreño? No; hay una más que aduce el señor Maza: «es el caso — escribe — que entre varios legajos que se refieren a lenguas indígenas y que pertenecieron (?) a Fray Juan Manuel de Guevara, fué encontrado un manuscrito con el inspirado soneto».

Suponiendo que esa hoja o legajo perteneció de hecho a Guevara, ¿puede un crítico exponerse a afirmar que es él el autor por sólo esta razón? ¿Acaso no se encuentra entre los papeles castellanos del Museo de Londres una hoja de letra del siglo XVIII con el «soneto atribuido a San Francisco Javier» y no por eso lo atribuimos a Garcés o a López, o a otro escritor alguno, cuyos escritos han ido a parar a dicho archivo? (1).

Aún más. ¿No será ese manuscrito el mismo que inédito perteneció en otros tiempos al Colegio de San Gregorio de Méjico y forma parte de un legajo de papeles del P. Juan Arriola, mejicano, entre los que había una «Glosa en catorce sonetos del famoso, atribuido a San Francisco Javier que comienza: No me mueve, mi Dios, para quererte? (2). Arriola vivió en la ciudad de Méjico (1698-1764), era varón peritísimo y sin embargo atribuía a San Francisco Javier lo que ahora se quiere atribuir a un compatriota suyo. Sería bueno averiguar si el manuscrito que ahora se atribuye a Guevara es el mismo que en otros tiempos (Beristain de Souza, sub voce) se encontraba entre los legajos del P. Juan Arriola.

Si alguien cree infundadas estas reflexiones o de escaso valor crítico, tenga entendido que les atribuimos mayor mérito, consistiendo nuestro principal argumento, como antes hemos expuesto, en el hecho incontrovertible de que el soneto era conocido en 1644, o sea cuando Guevara era un niño de sólo 17 años de edad. Hay niños precoces, pero en este caso no creemos en la precocidad de Fray Guevara, tanto más cuanto que en lo restante de su carrera literaria no dió muestras sino de un mal gusto literario y muy escasa inspiración poética.

JUAN CARDIFF.

(1) Gayangos, «Manuscritos del Museo de Londres», t. 3, pág. 334.

(2) Según Beristain de Souza, los hermanos De Backer y Sommiervogel.